

Puerto Rico como cuerpo adicto. Un acercamiento desde la micropolítica a *El peor de mis amigos* de Rafael Franco Steeves

Puerto Rico As an Addicted Body. A Micropolitical Approach
to Rafael Franco Steeves' *El peor de mis amigos*

Porto Rico como corpo adicto. Uma aproximação desde a
micropolítica a *El peor de mis amigos* de Rafael Franco Steeves

Jesús M. Del Valle Vélez

INVESTIGADOR INDEPENDIENTE

Doctor en Humanidades por la Universidad Carlos III de Madrid, investigador independiente y cofundador de YoSoyElOtro Asociación Cultural para la difusión de la cultura caribeña en España. Cuenta con publicaciones en revistas como *Revista de Historiografía (RevHisto)*, *Mitologías Hoy*, *Revista Semiosfera*, *Convergencias y Divergencias Culturales* (Segunda época) y *Revista Anthropos*. En coautoría con Myrna Rivera, “Teatro popular escrito por negros en el Puerto Rico colonial de fin de siglo: *Me saqué la lotería* de Manuel Alonso Pizarro”, en *De esclavo a servidor: Literatura y sociedad (1825-1930)* (Ed. Jorge Urrutia, Biblioteca Nueva, 2014); “Calibán y otros mitos coloniales”, en *De élites y masas: Textualizaciones* (Ed. Jorge Urrutia, Ediciones Devenir, 2013). Correo electrónico: chuvalle@gmail.com

Artículo de reflexión

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.cl23-45.prcs



Resumen

Desde la teoría de la micropolítica, proponemos la metáfora de Puerto Rico como adicto. El adicto puede ser considerado el signo más adecuado para identificar el verdadero sentido del consumo. En *El peor de mis amigos* (2007), el puertorriqueño Rafael Franco-Steeves ofrece un relato adicto autobiográfico: la subjetividad de un cuerpo marcado por el Caribe que consume hasta ser consumido en un devenir de ciudades. En la tradición entre literatura, drogas y creación como herramienta política, esta metáfora se permite un análisis sobre aspectos de la realidad puertorriqueña.

Palabras clave: micropolíticas; literatura puertorriqueña del siglo XXI; adicción; autoficción

Abstract

Based on the micropolitics notion, I propose the metaphor of Puerto Rico as an addict. This sign hides the one who is at the margin of the system but needs to participate in the market to maintain its vice. In *El peor de mis amigos* (2007), the Puerto Rican writer Rafael Franco Steeves offers an autobiographical addict story: the subjectivity of a body marked by the Caribbean in a quest of consumption in a comings and goings of cities. Inserted in the tradition of literature, drugs and creation as political tools, this metaphor allows an analysis on aspects of Puerto Rican reality.

Keywords: Micropolitics; Puerto Rican Literature of the XXI century; Addiction; Autofiction

Resumo

Desde a teoria da micropolítica, propomos a metáfora de Porto Rico como adicto. O adicto pode ser considerado o sinal mais adequado para identificar o verdadeiro sentido do consumo. Em *El peor de mis amigos* (2007), o porto-riquenho Rafael Franco-Steeves oferece um relato adicto autobiográfico: a subjetividade de um corpo marcado pelo Caribe que consome até ser consumido em um devir de cidades. Na tradição entre literatura, drogas e criação como ferramenta política, tal metáfora permite uma análise de aspectos da realidade porto-riquenha.

Palavras-chave: micropolíticas; literatura porto-riquenha do século XXI; adição; autoficção

RECIBIDO: 15 DE AGOSTO DE 2017. ACEPTADO: 26 DE ENERO DE 2018. DISPONIBLE EN LÍNEA: 30 DE JUNIO DE 2019

Cómo citar este artículo:

Del Valle Vélez, Jesús M. "Puerto Rico como cuerpo adicto. Un acercamiento desde la micropolítica a *El peor de mis amigos* de Rafael Franco Steeves". *Cuadernos de Literatura* 23.45 (2019): 89-104. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl23-45.prc>

“Aquel que desea, pero no actúa, engendra peste. Espera el veneno del agua estancada”.

WILLIAM BLAKE, *THE MARRIAGE OF HEAVEN AND HELL*

(CITADO EN ROLNIK)

“Una práctica política que persiga la subversión de la subjetividad que permita un agenciamiento de singularidades deseantes debe invertir el propio corazón de la subjetividad dominante, produciendo un juego que la revele, en lugar de denunciarla. Esto quiere decir que, en lugar de pretender la libertad (noción indisolublemente ligada a la de la conciencia), tenemos que retomar el espacio de la farsa, produciendo, inventando subjetividades delirantes que, en su embate con la subjetividad capitalística, provoquen que se desmorone”.

(GUATTARI Y ROLNIK 45)

LA NOVELA *El peor de mis amigos* de Rafael Franco Steeves nos ofrece la posibilidad de una premisa como provocación: plantear a la nación puertorriqueña como un cuerpo adicto, un ente drogado. Dicho Puerto Rico, como consecuencia de una “realidad” distorsionada por la adicción, se convierte no solo en una realidad delirante dentro de aquellas que componen el espectro humano, sino también en una nación flotante-errante en la cual la territorialidad isleña pierde supremacía. Desde las posturas de la micropolítica de Guattari y Rolnik la experiencia subjetiva del adicto sirve como metáfora de la nación puertorriqueña para “revelar”, sin ofrecer respuestas, los desmanes de los dispositivos “capitalísticos” que el sistema hegemónico impone. El adicto, como un ente que invade los espacios de la sociabilidad aceptable y que señala constantemente los quiebres del sistema, se convierte en uno de los signos que mejor ilustran una sociedad que consume hasta consumirse.

El texto, publicado en 2007, presenta el deambular del protagonista Sergio entre el amor perdido, el transitar por San Juan, Nueva York, las ciudades de Boulder y Denver en Colorado y la adicción a la heroína (denominada en el texto como *chocofango*) que le lleva a un espiral auto-destructivo de consumo. Es un puertorriqueño blanco y heterosexual, que tras la muerte por sobredosis en su apartamento de su mejor amigo Clay, un hombre negro de Nueva Orleans, inicia un recorrido para quitarse el vicio a través del ejercicio de la escritura de una novela.

Antes de comenzar el análisis propiamente, ubiquemos la novela y a este artículo en los contextos de su producción. La práctica literaria puertorriqueña escapa de la territorialidad isleña desde los años setenta. A pesar de esto, los textos producidos fuera de la isla seguían siempre una lógica del “dentro y afuera” en la cual se denostaban las obras producidas fuera del perímetro insular, más aún si estas eran en inglés. Según la crítica Carmen Dolores Hernández, quien ubica esta novela como uno de los textos importantes de la primera década del siglo XXI puertorriqueño, la literatura puertorriqueña “ya no tiene una sola capital”. En la obra este lugar diverso de la realidad puertorriqueña (y su producción cultural) se ve reflejado, precisamente, en el devenir del personaje, el cual, si bien transita por los lugares comunes del puertorriqueño (San Juan-Nueva York), añade un tercer eje excéntrico que, aunque sigue siendo Estados Unidos, nos presenta una marginalidad que habita lugares no frecuentados por los espacios simbólicos de lo nacional. Así Sergio debe hacerse a la idea de paisajes más inhóspitos y desiertos, un espacio extrapuertorriqueño acentuado por la soledad, a pesar del privilegio de ser un estudiante en una ciudad universitaria en el centro de Estados Unidos.

Conviene, para la idea de Puerto Rico como un ente drogado, acercarnos al espacio de lo doméstico y lo familiar. Carmen Rivera Villegas en “Arquitectura de una metáfora en construcción: el espacio de la casa en la literatura puertorriqueña”, nos provee un trazo sobre este espacio que construye parte de la identidad puertorriqueña. A partir del cambio de soberanía de 1898, la tradición patriarcal, ya descrita y problematizada por Juan Gelpí en *Literatura y paternalismo en Puerto Rico* (1993), sustenta la idea de la “gran familia puertorriqueña” y arma el proyecto nacional frente a las interferencias estadounidenses. Tras la generación de ensayistas e historiadores de los años 30 que defendían el acervo hispánico de la isla,

el populismo del 50, más tarde, se apodera de la metáfora y consolida el discurso en la plataforma ideológica del principal partido autonomista de la isla. La generación literaria de ese momento coincide con la articulación ideológica que el populismo haría alrededor de esta metáfora, marcando obstinadamente la crisis por la que, según dicha generación, atravesaba la “gran familia” al perder el rumbo de su identidad y abandonar los valores hispánicos, amenazados por la modernidad estadounidense. (Rivera Villegas 21)

La persistente influencia estadounidense en el conjunto de esta familia puertorriqueña transformará su vida a lo largo del siglo XX. Los soldados que regresan de las guerras de Corea y Vietnam traen de lleno la problemática del adicto al país, convirtiéndose en un símbolo que se reflejará en la literatura, la cual mostrará las terribles secuelas emocionales de la política belicista norteamericana en la sociedad puertorriqueña.

El adicto subvierte el orden, es un ser afuera de la estructura familiar, una llaga visible del fracaso del proyecto puertorriqueño del siglo XX. En los años setenta y ochenta el personaje del tecato (adicto) y su jerga, siempre de clase baja (a diferencia del personaje principal de la novela de Franco Steeves), toma una cierta preponderancia. Tres ejemplos de esta literatura son los relatos *Que sabe a paraíso*, de Luis Rafael Sánchez; *Papo Impala está quitao*, de Juan Antonio Ramos; y *Cráneo de una noche de verano*, de Ana Lydia Vega (Ramos 153). Como hijo de su tiempo (las décadas del noventa y del dos mil), el personaje adicto de Franco Steeves en su deslocalización se alimenta no solo de la cultura popular puertorriqueña, sino también de la mundializada por Estados Unidos, alternando entre inglés y español y

lejos de representar un mundo de correspondencias donde afinar el vapuleado discurso de la nacionalidad, lo que aquí se le ofrece al lector son unos sujetos y unos espacios volatilizados, desaforados, arropados por la urgencia fisiológica de transitar, precisamente otros espacios no convencionales. (Rivera Villegas 29)

El lugar de la escritura

Sin alejarnos totalmente de esta construcción del adicto como ser problemático, no debemos olvidar que en la tradición literaria los efectos de las drogas han servido para la experimentación y la exploración de espacios metafísicos. Cruzan este acercamiento los artículos de Francisco Cabanillas, “Las drogas en la literatura puertorriqueña” y “El texto drogado: una novela alucinante”, en los que analiza el texto de Franco Steeves desde la tradición moderna del escritor en sus paraísos artificiales, y problematiza no la iluminación y el caudal para la creación que ofrecen las drogas, sino la caída a los infiernos. En este caso la escritura se convierte en el bálsamo que salva al adicto, método que aun en lo fragmentado de su realidad le permite reescribir la memoria, intentar un camino hacia la redención.

Siguiendo las propuestas de Guattari y Rolnik, asumimos este artículo como un ejercicio de subjetividad. Cualquier relato subjetivo,

producto de la multiplicidad/infinitud de relatos que ha traído consigo la posmodernidad, es susceptible de ser convertido en relato de ficción, en literatura, en “obra de arte” con un objetivo político o “micropolítico”. Dicha subjetividad, como puede ser en este caso el relato de esta novela, una vez traspasado a un soporte más o menos perdurable ofrece la posibilidad de “revelar” o interpelar al sistema dominante. De esta forma, la utilidad del relato va por encima de su veracidad, de su origen en la ficción o en la realidad. Pensamos y proponemos que todo texto producido por un ser humano es siempre autobiográfico aunque se dedique a dilucidar aspectos de lo mundano, a describir o a producir ciencia. La corporalidad y la mente de quien escribe en el presente de su escritura determinan siempre un resultado que escapa a cualquier metodología y se inscribe en la historia personal de cada autor. La utilidad de un relato inscrito en un soporte está en la posibilidad de poder ofrecer lecturas otras, divergentes: universos posibles. Son, en definitiva, un registro, un documento de una subjetividad producida dentro del sistema.

Así, tanto este artículo como la novela de Franco Steeves –y cualquier otro texto– son siempre autobiográficos. Ofrecemos la voz del narrador:

¿Cómo es posible que el mundo cambie de un segundo al otro, prácticamente en un abrir y cerrar de ojos? Toda la vida, ¡Plaf! Y ya, así de rápido, así de inmediato, sin permitir tan siquiera una breve reflexión, una instantánea meditación, nada, absolutamente nada, zip, fuápiti, caput... con el gancho en la mano, aquel trocito de metal quirúrgico, ajeno, diferente, foráneo, cargado con el peso ostensible de una otredad que comenzaba en este instante y nunca jamás volvería hacia atrás... hacia lo que fue en algún momento, *cuando el personaje y el autor todavía se podían distinguir*, cada cual con sus propias características. (Franco Steeves 179, énfasis añadido)

Sin entrar en los constantes y más que documentados debates sobre los límites de los géneros, ficción, autoficción, autobiografía no son más que estrategias discursivas que permiten mostrar formas de subjetividad. El uso de la autoficción definida por Serge Dubrovsky como “ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales; si se quiere, autoficción, de haber confiado el lenguaje de una aventura a la aventura del lenguaje” (citado en Sol Mora) se puede constatar en el canon literario occidental, con todo, si es cierto que la emergencia del realismo sucio y la tradición anglosajona son avaladas por la biografía y la autobiografía, la novela de Franco Steeves se

puede enmarcar dentro de un cierto resurgir de este tipo de narrativas que, en el ámbito del español, al margen de los hilos autoficcionales que siempre nos dejaron Darío y Borges, posee a Salvador Elizondo, Severo Sarduy, José María Arguedas, César Aira, Fernando Vallejo, Roberto Bolaño, Ricardo Piglia, Jaime Bayly, Soledad Puértolas, Cristina Fernández-Cubas, Enrique Vila-Matas y Javier Marías, solo por citar algunos.

A partir de los años setenta, con la eclosión de las historias de los marginados se inicia un estudio más sistemático de la autobiografía y la autoficción como recursos para el análisis social (Agustí Farré; Alberca). En 2008, *El País* publicó un artículo sobre la cuestión de la autoficción para el que entrevistaron a 16 escritores y críticos, quienes retrataron el auge de este fenómeno, y en el que se afirmaba que: “Todos ven la autoficción como una buena coartada porque en ella confluye tradición literaria y el presente del mundo” (Manrique Sabogal).

Rafael Franco Steeves fue articulista de la revista digital puertorriqueña *80grados* y en los textos que publicó fue abierta su postura sobre la liberalización del cannabis.¹ A partir de la experiencia de su propia adicción, en sus escritos proponía que el cannabis se sacara de los puntos de venta de drogas duras y denunciaba la hipocresía de la sociedad puertorriqueña en relación con este tema; es decir, la conservadora política frente a las drogas ilegales en mimesis con las leyes federales estadounidenses que facilitan la marginalización de usuarios y la militarización del territorio colonial, mientras se dopa a gran parte de la población con estupefacientes legales en esta era farmacológica.

En este párrafo, como paréntesis, intentamos un ejercicio de la práctica de la subjetividad invadiendo el espacio aséptico de lo científico (con una vaga esperanza de reforma que no entramos a definir). Nos adscribimos a la idea propuesta de que todo texto es autobiográfico y que la escritura de este artículo, al igual que la novela, se da en espacios intermitentes, fragmentados, deslocalizados. Para este texto se ha fumado marihuana y se han percibido los ecos del abismo mientras se leían los pasajes en los que Sergio calentaba la heroína en la cuchara y amarraba cualquier cuerda alrededor de su brazo para inyectarse; se ha escrito a miles de kilómetros sobre el aire; se ha visitado por primera vez el Bronx, y se ha oído que allí todos los adictos que deambulan por las calles son puertorriqueños. Se ha visto el documen-

1 Véanse, entre otros: “Droguerra”, “Hipocresía patente”, “Todos tenemos un pedacito adentro” y “El Vocero: miedo, hipocresía y mentira”.

tal *The Salt Mines*, de 1990, sobre transexuales puertorriqueñas prostitutas adictas al *crack* durante la epidemia del SIDA en la ciudad de NY; se ha dejado sin tocar el texto durante un año y se ha retomado en el verano de 2017 en una nueva visita a Puerto Rico. La punta del iceberg de la crisis sigue asomando; la isla se vacía y se desborda en Estados Unidos; la oligarquía local y estadounidense se reconstituye en una Junta de Supervisión Fiscal que borra definitivamente la ilusión de democracia. El área metropolitana (y los pueblos del interior) mantiene a sus adictos pidiendo dinero en semáforos y restaurantes de comida rápida. Los jóvenes de todas las clases escuchan *Trap*, una “nueva” forma de reguetón que mantiene las construcciones de género tradicionales e incita a prácticas de sexo no seguro mezclado con el uso de alcohol y percocet (oxitocina). Parte de la comunidad homosexual es también adicta, no ya a la heroína sino a un resurgir de la metanfetamina, conocida localmente como *Tina*. Se ha finalizado este artículo en un Starbucks de un centro comercial de Bayamón, tomando un café repleto de una sustancia adictiva que ha definido la historia del Caribe: el azúcar.

Puerto Rico ante su presente, el ciclo del adicto, la repetición

Para salir de una adicción, quizá, se necesite foco, concentración, atención. Ese, el de la falta de atención, es el acto último de Sergio al acabar *El peor de mis amigos* y que significará su definitiva bajada a los infiernos, la derrota y el fracaso absoluto. Utilizar la jeringuilla de otra tecata, contaminación definitiva para su cuerpo:

No es la mía, repetí, ya empezando a morir, a sentir esas cosas microcósmicas que viajan como polizones malignos en la jeringuillas ajenas. No es la mía, digo otra vez y salgo corriendo como quien nunca va a parar de correr hasta llegar al fin del mundo para caerse feliz por el abismo. Se acabaron las pesetas. (Franco Steeves 182)

Así, la novela se puede pensar dentro de un canon puertorriqueño como una reelaboración de *La Charca* de Manuel Zeno Gandía del siglo XXI. Se puede salir de la isla y continuar aislado, incomunicado, enfangado. No hay posibilidad de escapatoria. Salvando las distancias temporales y las estrategias narrativas, vistas como dispositivos de una misma historia, ambos textos parecen remarcar una cierta circularidad en el devenir histórico del país caribeño, llevándonos a los ecos de la isla que se repite de Benítez Rojo. Parece ser que a comienzos del siglo XXI parte del ser puertorriqueño sigue afectado por una suerte de encierro.

Para añadir más a la idea de Puerto Rico como adicto y al personaje de Sergio como representación de dicha posibilidad nos referimos a un pasaje de aparente poca importancia del texto. “Puerto Rico!” (152) gritaba el deambulante latinoamericano en Nueva York que vivía en las escaleras de la iglesia para llamar a Sergio y pedirle más que alimento, compañía. Puerto Rico es un adicto, un enfermo crónico, abyecto, silenciado, ignorado (me sirvo aquí de la usadísima imagen de la invisibilidad puertorriqueña frente al mundo; teoría que copa parte del discurso intelectual de la isla y que tanto Marta Aponte Alsina como Edgardo Rodríguez Juliá reprueban). En esta novela, Sergio es un ser flotante, transita por Boulder y Denver, Nueva York y San Juan... Las ciudades se confunden en una madeja extraña. La tierra-el paisaje natural, ya sea continental o isleño, es un telón de fondo lejano que solo acentúa la sordidez urbana. Es un hombre sin tierra y sin raíces.

Como sabemos, cualquier epistemología es capaz en sí misma de ser productora de sentido y, al igual que toda otra epistemología, pretende crear (o describir) un sistema para comprender, aprehender y modificar la realidad. El texto de Rolnik y Guattari asume como lugar común –y es posible que estemos de acuerdo, pues no es prerrogativa solo de su teoría– que la caída del bloque soviético tras el derrumbamiento físico del muro de Berlín llevó a la hegemonía absoluta del capitalismo. Este punto está en la base del cuestionamiento actual a la crisis del sistema.

El intelectual y el escritor –ejemplificado en este caso en Guattari y Rolnik (y utilizando a Franco Steeves como ilustración y práctica de los procesos culturales, sociales, políticos, subjetivos modificados y moldeados por el sistema en sus manifestaciones capitalísticas)– funciona de manera idéntica a cualquier pretensión intelectual de tiempos pretéritos: cambiar la realidad. Aunque es cierto que dicha posibilidad se manifiesta como tal con el análisis marxista, si nos atenemos al relato histórico que nos vertebra, ese (modificar la realidad) es el único objetivo del intelectual. La práctica intelectual nos desvela, pues, la posibilidad de un sistema subyacente al capitalismo o al comunismo y, quizá, es lo que Guattari y Rolnik, pero no solo ellos, propugnan. Ambos sistemas, o la supremacía de uno solo, no son más que una contingencia histórica y, por tanto, tentativos, pasajeros y transformables. Nada nuevo aquí. ¿Cuál es, pues, la novedad en la idea de la subjetividad y la micropolítica? Quizá su función sea ratificar las infinitas posibilidades que un conjunto de reglas dadas, manejadas con una conciencia particular, pueden ofrecer como realidades potenciales en cada acto.

Así, ante la imposibilidad de escapar a los designios capitalistas (según esta teoría), es solo a través del capitalismo (en su capacidad de permear cualquier aspecto de la realidad) y de la libertad como sistema político (la democracia en sus diversas acepciones) desde donde únicamente se consigue modificar el sistema.

El ejercicio que plantea la micropolítica es la posibilidad de confección de un universo alternativo, en el ámbito de lo minúsculo, como posibilidad para el cambio. Mientras que el “giro decolonial” plantea una toma activa y vocal del poder, una búsqueda concreta que lleva a la disputa y al debate, la micropolítica se atiene no solo al contexto y la materialidad que produce una subjetividad, sino a la capacidad de dicha subjetividad en su autonomía, de producir desviaciones al sistema hegemónico.

En la conferencia ofrecida por Suely Rolnik en el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, en 2015, para una puesta en práctica de la subjetividad tendiente a crear singularidad, esta planteó el asunto como un procedimiento personal, como una estrategia que permite, asumiendo la realidad, transformarla al nivel personal. Y esto es fundamental para nuestra idea de la adicción como posibilidad, como una opción más para tratar el asunto, tanto político como “identitario” o “ideológico” de Puerto Rico.

El adicto en recuperación, el adicto que trata de salir, no es solo un enfermo producto de un sistema; es un ser, en teoría, capaz como cualquier otro de utilizar su fuerza para salir del círculo, de la repetición, de lo esperado. En los textos de Rolnik y Guattari se asume la capacidad de percepción diferenciada del sujeto, aún más cuando se trata de un paciente psiquiátrico (como psicoanalistas no pueden escapar a las nociones de la patología), como posibilidad creadora de singularidades útiles, si bien difícilmente comunicables por su marginalidad. Se escapa, aunque deja la puerta abierta, la subjetividad drogada como una manera más de percibir el mundo y, por lo tanto, ofrece sus propias estrategias para interpretar la realidad.

Aún hoy es complicado asumir como útil el relato drogado, narcotizado, si bien replica atrozmente las lógicas del mercado y el consumo como posibilidad de acción para un cambio no solo individual sino además colectivo. Todo el que lee y participa del mundo lo hace desde un rechazo frontal al vicio en el delicado equilibrio con la virtud. De hecho, parte no minúscula de la filosofía humana se encarga de esa antítesis: acción versus estancamiento. El pensamiento, su articulación, es, pues, una forma de acción que escapa a la posibilidad del vicio, de la adicción. Y, sin embargo, la literatura está poblada de innumerables relatos de seres que han bordeado

o sucumbido a los abismos y que regresan, como visionarios, para mostrar a los mortales qué hay del otro lado. De qué está hecha la oscuridad.

El pensamiento que amaestra la forma, la materialidad, es acción (de acuerdo también con la teoría de la micropolítica), es, por tanto, una manera de escapar a la adicción. Es redención y salida. Ahí está la tensión. El pensamiento se manifiesta, se comunica a través del esfuerzo, del manejo de la palabra de la misma forma que un puño corta con una tijera la cinta de moebius,² ya sea para duplicarla exactamente, o para crear fibras infinitas y diversas dentro de unas posibilidades de circularidad limitada.

Habría, pues, que identificar variaciones de adictos. Nuestro protagonista es el adicto que busca salir tras el “jamaqueón” definitivo (del desamor y la muerte del amigo). Su amigo Clay es el que se sumerge a la profundidad y se aniquila, su novia Marina es la adicta dependiente, capaz de romper la adicción si logra romper el lazo del deseo romántico y carnal. Marina no era adicta a la heroína, era adicta a Sergio. Sin embargo la novela acaba con el fracaso. La inacción, la tragedia de una muerte larga, dolorosa y putrefacta de aquel que no consigue salirse y no es más que un ser que deambula por las calles de una isla también ya, casi vacía.

Enunciar que “Puerto Rico” es un adicto, no deja, pues, de ser una provocación, porque aunque la isla está poblada en realidad de muchos de estos cuerpos abyectos, nadie se atreve a enunciar su propia enfermedad, a asumir que el adicto, enfermo real, ese que pide en las luces y que ataca las burbujas burguesas de los tristes clasebajamedieros es también parte de la multiplicidad que encarna lo puertorriqueño. Y que dentro de esa gran casa encarnada en la crítica literaria, desde Gelpí hasta Carmen M. Rivera Villegas, es quien guarda las llaves.

¿No es acaso esta realidad, la nuestra de este siglo XXI, una realidad drogada? El adicto, y más si es visionario –vicio del escritor–, se convierte en recordatorio de que todos en este mundo tenemos una visión distorsionada de la realidad, generalmente perversa. ¿No es acaso desear la armonía total, la paz absoluta la más obscena y perversa de las ideas?

2 Aquí hacemos referencia a una obra “Caminando” de Lygia Clark en la cual propone al espectador realizar una cinta de moebius con papel. Le ofrece al participante una serie de instrucciones para cortar la cinta de una manera tal que se puedan amplificar las posibilidades de un camino dentro de una estructura dada. Rolnik la utiliza en su conferencia para explicar en la praxis parte de su concepto de micropolítica. Véase: <https://ztfnews.wordpress.com/2014/02/15/caminando-con-la-banda-de-mobius/>

Rafael Franco Steeves nos da un registro del viaje distorsionado de la realidad que se manifiesta tras la locura, la peor de todas: la locura autoinfligida. El adicto es el escritor, el escritor es el adicto, ambas imágenes se conectan constantemente en la historia de los artistas, de los escritores, seres que siempre van a los lugares oscuros para contarlos, contarnos esos lugares oscuros que asustan, pero que a la vez llevan al disfrute; he ahí el peligro. El escritor es siempre un ser drogado (todos: algunos con sustancias químicas y naturales, pero todos drogados con fantasía, con ideología).

¿Cuál es la función de un relato adicto? Aquí entra el comentario del narrador cuando entra a interpelar al lector y le cuestiona sobre el porqué está leyendo la novela de un adicto, de un pecado que no es más que la sombra de sí mismo (Franco Steeves 180). Un espejismo. La novela de un adicto nos lleva casi instintivamente y conectada a la autobiografía como estrategia de escritura a juzgar solo la individualidad, sin atender a su singularidad en tanto micropolítica del deseo. Así, ante el espejismo de lo individual, del caso aislado, un pecado blanquito, el autor, hace un juego que nos permite, desde el margen, plantear una de las identidades de lo puertorriqueño, su carácter adicto, como venimos argumentando:

La diferencia esencial entre la isla y los niuyores residía en el tiempo que él pasaba enfermo entre el momento en que capeaba la bolsa y el instante en que la jeringuilla penetraba en sus venas para depositar su dudosa carga. En la isla era cuestión de segundos en lo que entraba al hospitalillo. En los niuyores dependía de una cosa o la otra. Podía ser que bastante rápido, porque a la vuelta de la esquina los boricuas de la bodega lo dejaban usar el baño privado detrás del mostrador, pero si no, se tenía que chupar todo el camino en taxi, o peor, en tren, hasta llegar a tu estudio en la 66 y Lex. (Franco Steeves 48)

El lugar de Puerto Rico

En un recuento de las escenas previas a la muerte de Clay, este dice sobre Sergio, a partir de algo que podría estar ocultando Lina a Clay sobre su pasado: “No le hagas caso [...] es un puertorriqueño acomplejado” (Franco Steeves 93). Acomplejado, esa palabra ronda constantemente la condición colonial puertorriqueña. Y desde esa óptica colonial es acomplejado en cuanto es un subordinado que en teoría mama leche de la vaca sagrada de la modernidad: Estados Unidos. Ese relato permea, transgrede y marca los cuerpos de los puertorriqueños en sus manifestaciones completas. La ausencia de soberanía (real o imaginada) le lleva a no querer transigir su

realidad subordinada, y esto a su vez le lleva a una necesidad de demostración constante de capacidad ante la abrumadora sensación de incapacidad. La incapacidad –de nuevo, real o imaginada– al reclamar y asumir una soberanía mientras se disfruta de ciertos placeres de la sociedad de consumo. Consumir y ser consumido. Una sociedad construida para el servicio (ciertas herencias no se pierden) que busca engordar con la venia del amo. Una sociedad incapaz de deshacerse precisamente de la vieja dialéctica del amo y el esclavo, a pesar del maquillaje de la democracia.

La misma dialéctica nacional del lugar intersticial que se da en la relación de Sergio con el pecado latinoamericano que vive en las escalinatas de la iglesia se ha dado en la relación de Puerto Rico con el resto de Latinoamérica. Puerto Rico es un pecado intermedio, está atrapado entre la miseria contada de nuestra América y el *welfare* al que rasca aquel que está metido en el sistema. Sergio/Puerto Rico es quizá un pecado más patético que el que vive en la calle: le queda la ilusión de la esperanza, de la salida, de la vuelta a la vida.

Gracias a la propia transposición de la memoria del personaje (su tiempo se funde en tres lugares), podemos añadir la provocación de la puertorriqueñidad como una comunidad flotante. La isla, desde el comienzo de la novela se plantea, a nuestro entender, como el paraíso perdido, la tierra soñada y prometida. Ese cuerpo flotante que es el adicto y que venimos conectando a la isla, no es más que una sociedad sin tierra, despojada. ¿Cómo se salva así de la adicción? ¿Qué capacidad de gestión tiene un cuerpo a la deriva? El arquetipo de cultura errante está en los judíos, en la necesidad incansable de la tierra prometida. ¿Pero qué hace un pueblo, en una globalización irremediable, cuando su futuro se plantea como una comunidad flotante, una comunidad sin tierra? ¿Cómo se articula cualquier enunciación? Lo cierto, dada la realidad que nos rodea, es que, hasta cierto punto, Puerto Rico es de facto una sociedad flotante, la gran migración de comienzos del siglo XXI por la crisis en la que el mundo se encuentra, apunta a la posibilidad de que la isla vuelva a ser, esta vez ayudada por la técnica, un lugar para el monocultivo con interesantes bolsillos de turismo de 5 estrellas para los dueños del capital. La puertorriqueñidad deberá dirimirse fuera de la isla, trágica ironía para un pueblo que sobre todo se unifica en la comida, en la música y en su amor a la belleza natural (rica trampa en la que cayó el nacionalismo de mediados de siglo XX). La provocación de un Puerto Rico adicto y errante, deambulante como cualquier adicto, quizá pueda convertirse en un faro

para una tierra simbólica. ¿Cómo se asume la responsabilidad si el país (sea lo que sea que esto signifique) enuncia al igual que Sergio al final de la novela “Esta jeringuilla no es mía”? ¿Cómo asumir la responsabilidad, como asumirse adicto y utilizar esa propia subjetividad drogada para salir del abismo?

Lo caleidoscópico del presente: es una visión ¿distorsionada? adicta. La hiperproducción de contenidos culturales a través de la tecnología en el presente hace de facto que el análisis de la realidad no sea más que otra quimera. En este presente percibimos siempre la realidad en un cierto estado psicodélico. Asumiendo y trascendiendo la patologización de la cultura y, por lo tanto, de sus sujetos se puede configurar una respuesta política a partir de una “entidad” adicta. No presentamos esta propuesta como categórica y radical sino simplemente como una provocación. Asumimos, quizá, una organicidad social caduca o antagónica a la ciencia, sin embargo, el hecho de que los pensamientos de Spencer –el “cuerpo social”– aún resuenen significa probablemente su utilidad como acercamiento metodológico para continuar explicando aspectos de la realidad. Al fin y al cabo, en la realidad no somos más que cuerpos que interaccionan creando sistemas simbólicos.

Saberse adicto, ser consciente de ello puede ser una herramienta política en cuanto es necesaria, si se quiere permanecer en el mundo y en la vida, una postura de consciencia activa en cada acción. Se convierte en una toma de responsabilidad radical. Responsabilidad ante la debacle y el fracaso. Aquí nos alimentamos de la tesis de Magdalena López en *Desde el fracaso: narrativas del caribe insular hispano en el siglo XXI*. López propone que la escritura del nuevo siglo se inscribe y se escribe desde el fracaso de los relatos épicos que construyeron problemáticamente las diversas naciones en el Caribe. Nos sugiere además que este fracaso, más allá de representar el estancamiento y la muerte definitiva de la cultura en la región, debe convertirse desde la experiencia ganada en aliciente para la reconstrucción social o política asumiendo el lugar del perdedor, pues; “El *loser* vendría siendo aquel personaje expulsado de la lógica de la ganancia capitalista cuyos reciclajes simbólico-políticos ya no pretenden erigir territorios o reordenamientos binarios, sino hacerlos partícipes de los devenires que resultan de sus propios desarraigos” (López 33). Para recomenzar es necesario asumir la derrota; esta “no ofrece una vuelta atrás. He allí su potencialidad dinámica: el fracaso alude a una irresolución que nos impele a seguir navegando no importa cuán maltrecho esté nuestro

barco” (López 36). La reconstrucción se debe dar desde un ser que se sabe y que solo tiene la opción de reconstruir a partir de los restos del naufragio. Como exponen Guattari y Rolnik:

Las personas que están en los hospitales psiquiátricos y que no consiguen (o no quieren) entrar en el sistema de significación dominante tienen una percepción del mundo completamente diferente de la que se acostumbra a tener desde la perspectiva de los esquemas dominantes. Eso no quiere decir que la naturaleza de su percepción de los valores y de las relaciones sociales sea caótica. Corresponden con otros modos de representación del mundo [...] su importancia se podría extender a otros sectores de la vida social en una sociedad de otro tipo. (41)

Esta última reflexión de Guattari y Rolnik, afianzada en el cuerpo enfermo y equiparable a la adicción en cuanto esta es igualmente una enfermedad, si bien nos ha permitido una exploración apocalíptica en este artículo, nos sirve para explicar la localidad o la experiencia subjetiva de lo puertorriqueño o del país como posibilidad constructiva de nuevos sistemas –otros– de organización.

Obras citadas

- Agustí Farré, Anna. “Autobiografía y autoficción”. *Garosa: Revista de la Sociedad Española de Estudios Literarios de Cultura Popular* 6 (2006): 9-18. Impreso.
- Alberca, Manuel. “¿Existe la autoficción hispanoamericana?”. *Cuadernos del CILHA* 7/8 (2005-2006): 115-127. Impreso.
- Cabanillas, Francisco. “El texto drogado: una novela alucinante”. *Polifonía Online Journal* I.I (2011): 130-140. Web. 31 de julio de 2017.
- Cabanillas, Francisco. “Las drogas en la literatura puertorriqueña”. *Lo que somos* 15 de marzo de 2012. Web. 31 de julio de 2017.
- Franco Steeves, Rafael. “Droguerra”. *80grados.net*. 8 de julio de 2011. Web. 15 de mayo de 2016.
- Franco Steeves, Rafael. *El peor de mis amigos*. San Juan, P.R.: Ediciones Callejón, 2007. Impreso.
- Franco Steeves, Rafael. “El Vocero: miedo, hipocresía y mentira”. *80grados.net*. 3 de octubre de 2014. Web. 15 de mayo de 2016.
- Franco Steeves, Rafael. “Hipocresía patente”. *80grados.net*. 23 de septiembre de 2011. Web. 15 de mayo de 2016.

- Franco Steeves, Rafael. "Todos tenemos un pedacito adentro". *80grados.net*. 14 de febrero de 2014. Web. 15 de mayo de 2016.
- Guattari, Félix y Suely Rolnik. *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2006. Impreso.
- Hernández, Carmen Dolores. "Nuevo mapa de la literatura puertorriqueña". *El Nuevo Día*. 19 de septiembre de 2010. Web. 31 de julio de 2017.
- López, Magdalena. *Desde el fracaso: narrativas del caribe insular hispano en el siglo XXI*. Madrid: Editorial Verbum, 2015. Impreso.
- Manrique Sabogal, Winston. "El Yo asalta la literatura". *Babelia, El País*. 13 de septiembre de 2008. Web. 15 de mayo de 2016.
- Ramos, Juan Antonio. "El doctor Moncho Loro: zapatero a su zapato". *Literatura puertorriqueña del siglo XX: antología*. Ed. Mercedes López Baralt. Río Piedras: Editorial de la UPR, 2004. 153-156. Impreso.
- Rivera Villegas, Carmen. "Arquitectura de una metáfora en construcción: el espacio de la casa en la literatura puertorriqueña". *Céfiro: Enlace Hispano Cultural y Literario* 9.1-2 (2009): 19-34. Impreso.
- Rolnik, Suely. "Micropolíticas del pensamiento" (conferencia), MACBA, 2015. Web. 15 de mayo de 2016.
- Sol Mora, Pablo. "Autoficción". *Diccionario Vila-Matas*. Web. 15 de mayo de 2016.